

Joel MOKYR (ed.), *The British Industrial Revolution. An Economic Perspective*, Westview Press, Boulder/San Francisco/Oxford, 1993, 362 págs.

Desde hace ya unos años la Revolución Industrial británica, uno de los temas más estudiados en la historiografía económica, ha recuperado protagonismo y lo ha hecho de forma polémica, a través de una nueva versión de la vieja discusión entre gradualistas y rupturistas. Como es conocido, el centro del debate es la magnitud del crecimiento económico, defendiendo los primeros, generalmente identificados con los cliómetras, que éste fue lento, mientras que los segundos propugnan el argumento tradicional según el cual la Revolución Industrial supuso una aceleración y por tanto una ruptura. Como afirma Joel Mokyr de lo que se trata es de buscar “argumentos sobre qué cambió, cuándo empezó, cuándo finalizó y dónde situar el énfasis”.

El libro objeto de esta reseña, editado por el propio Mokyr, está plenamente inscrito en este debate. En él, junto a las páginas introductorias del propio editor, se recogen aportaciones de David Landes, C. Knick Harley, Gregory Clark y David Mitch, todos con adscripción al ámbito universitario norteamericano. Los artículos de Mokyr, Landes y Harley analizan la Revolución Industrial desde diferentes ópticas, aunque siempre con ambición generalista, mientras que los de Clark y Mitch son más concretos temáticamente abordando, respectivamente, el papel de la agricultura y el tema del capital humano.

El libro se abre con una larguísima introducción de Mokyr que ocupa una tercera parte de sus páginas. Se trata de una nueva versión de su trabajo “The New Economic History and the Industrial Revolution” (editado en *The Economics of the Industrial Revolution* (1985) y traducido en la *Revista de Historia Económica* (1987)), que según el propio autor ha sido completamente revisado y reescrito. La estructura del artículo es la típica de un *survey*, tratando diferentes cuestiones sin un claro hilo argumental. Mokyr parte de la base de que el concepto de Revolución Industrial es una abstracción útil, a pesar de las evidencias cuantitativas que niegan su equiparación con un crecimiento económico espectacular, y centra buena parte del trabajo en el viejo tema de las precondiciones. Analiza los aspectos geográficos, los tecnológicos, los institucionales, así como el factor demanda, el sector exterior, etc., y llega a la conclusión de que estos prerrequisitos, si bien facilitaron la Revolución Industrial, no fueron necesarios para que se diera. Al análisis del proceso de reasignación de factores (se habla de “masiva acumulación de capital y de profunda relocalización del factor trabajo”), así como al estudio de la fábrica como espacio de centralización del proceso productivo y al debate sobre los niveles de vida, dedica Mokyr la última parte de su introducción. En definitiva, el au-

tor realiza un riguroso y amplio estado de la cuestión, posiblemente uno de los mejores de los últimos años, que le lleva a concluir que es difícilmente sostenible que la Revolución Industrial se produjera de forma tan abrupta como se ha afirmado. De todos modos, Mokyr no niega la importancia de la Revolución Industrial porque, como él mismo afirma, “estaba destinada a cambiar la vida de cada hombre y mujer”.

Tras la introducción se recogen dos aportaciones claramente pertenecientes a cada una de las posturas de la polémica, firmadas por D. Landes y C. K. Harley. El primero, en un trabajo titulado la “Fábula del Caballo Muerto”, critica, con cierta ironía, los planteamientos cliométricos y reitera que la Revolución Industrial supuso una ruptura radical. Tras centrarse en los aspectos tradicionalmente polémicos (los problemas del estudio agregado, la marginación de las disparidades regionales y el grado de fiabilidad de los datos), concluye que aun aceptando que el crecimiento económico durante la Revolución Industrial fuera menor de lo generalmente supuesto, sin duda fue mayor que el de las sociedades tradicionales. Para el autor de *The Unbound Prometheus* no ofrece duda que: “La Revolución fue una revolución”.

En el siguiente trabajo, C. Knick Harley parte de las ideas básicas de la aproximación cliométrica para *reevaluar* el impacto de la industrialización británica. Los aspectos a los que dedica más atención son la concentración de los cambios en los sectores algodonero y siderúrgico (“the famous industries”), el carácter fortuito de las “rupturas tecnológicas” y la contribución de la agricultura al crecimiento económico, mayor, según él, de lo que habitualmente se había señalado. La idea que subyace en su trabajo es que el impacto de la nueva tecnología industrial en el crecimiento agregado fue moderado, y para argumentarlo contrasta las nuevas (Harley-Crafts) y las viejas (Hoffmann, Deane-Cole) estimaciones del producto industrial. Este ejercicio, unido al análisis de las cifras de producción agraria, del sector servicios y del producto nacional le llevan a afirmar que existe una “nueva y coherente visión del crecimiento británico”. Una nueva visión que considera a la Revolución Industrial como parte de un largo período de transición en el que el crecimiento fue lento, y que sólo con la llegada de la “era del ferrocarril”, tuvo lugar el verdadero crecimiento económico moderno.

La aportación de Gregory Clark es más concreta temáticamente. Su objetivo es situar a la revolución agrícola (en minúsculas, como lo escribe el propio autor) en su contexto cronológico y causal. Ante los problemas para contar con series fiables de los rendimientos agrarios (por superficie y por activo), Clark reivindica como medio alternativo el uso de los precios, tanto de *inputs* como de *output*. El autor llega a concluir que la revolución agrícola no existió de forma coetánea a la industrial, sino que fue un fenómeno previo.

El trabajo que cierra el volumen es el de David Mitch, centrado en el papel del capital humano “en la primera Revolución Industrial”. Mitch parte de la equiparación, tan extendida como equívoca, entre capital humano y alfabetización, lo que le lleva a constatar las deficiencias del sistema de educación formal británico en las vísperas y durante la Revolución Industrial. Frente a la debilidad del sistema de escolarización primaria, Mitch evidencia la importancia de las “Sunday Schools” y, en otro plano, la lentitud de la reforma de las enseñanzas secundaria y universitaria. El autor apunta la existencia de vías supletorias (aprendizaje, emigración, etc.) que pudieron proporcionar a la mano de obra la cualificación necesaria, aunque

no llega a desarrollarlas plenamente. Mitch afirma, finalmente, que “bajo determinadas circunstancias, otros factores de producción pueden substituir a una mano de obra educada”.

En definitiva, estamos ante una nueva contribución al debate sobre la Revolución Industrial, que presenta múltiples aspectos interesantes (la introducción es un importante activo y la bibliografía una herramienta de gran utilidad), pero que refleja también la principal limitación de la polémica: su entrada en claros rendimientos decrecientes. Este clima de agotamiento es evidente en muchas de las obras aparecidas en los últimos años, en las cuales es difícil encontrar alguna idea o planteamiento relativamente nuevo. Para un avance en la polémica sería de gran interés que se abandonaran acuartelamientos tanto en un posicionamiento como en el otro, ya que en caso contrario se corre el peligro de aburrir no sólo al lector profano sino incluso al especialista. Posiblemente sería necesario un nuevo aporte teórico, que facilitara nuevos referentes y ámbitos de discusión. Por ejemplo, la incorporación en el análisis de ideas procedentes de la “nueva teoría del crecimiento” podría proporcionar algunos resortes teóricos novedosos, sobre todo en la interpretación del cambio técnico a partir de modelos endógenos de crecimiento, pues como señala el propio Mokyr “las invenciones no llueven sobre la economía como maná desde el cielo”.

MIQUEL GUTIÉRREZ